

Anna Stothard

El
Hotel Rosa

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

alevosía 

Para Sally

1

La habitación apestaba a ceniza de cigarrillo y a perfume rancio. Había dos ceniceros llenos hasta los topes de filtros manchados de pintalabios, como si acabara de salir a comprar otro paquete. De una cajonera colgaba un portalligas y en el suelo, junto a la cama, una estola de visón yacía enrollada como un animal atropellado. Un espejo situado delante de la cama reflejaba una imagen de mí tumbada totalmente vestida y fuera de lugar sobre las sábanas arrugadas. A juzgar por mi corte de pelo y por mi cuerpo podría haber sido un niño, pero mis ojos enormes me daban el aspecto de una de esas Vírgenes Marías góticas que aparecen en las postales de los museos. Llevaba una camiseta manchada de sudor y unos pantalones de chándal azul marino. Mi piel seguía oliendo todavía un poco a la grasa y al café de la cafetería que papá tenía en Londres, aunque el olor se había mezclado con el aire deshidratado del avión y con la polución del tráfico de Los Ángeles.

Lily me miraba desde las fotografías enmarcadas que llenaban las paredes de la habitación. En una estaba de pie junto a una motocicleta con una chaqueta de cuero. En otra, llevaba una camiseta blanca encima de un bikini y estaba sentada con las piernas cruzadas debajo de un árbol al sol, riéndose y mirando a la cámara. En la tercera, estaba desnuda, aparte del brillante lápiz de labios y de una pamelita. En esa última imagen tenía la piel de un tono blanco albino, como la mía, con cuatro círculos oscuros: los ojos de párpados caídos y los oscuros pezones. Aunque en la fotografía ella tenía el pelo oscuro y el mío era rubio natural.

Me levanté de su cama y cogí una botella de whisky de encima de un tocador que estaba junto a la puerta. Como no había vasos, bebí un trago directamente de la botella y pasé por delante de la cama, dirigiéndome con paso suave al cuarto de baño. Junto al retrete había unas bragas con volantes e intenté que no me tocaran los dedos descalzos cuando me senté a hacer pipí. Su habitación estaba situada en lo alto de un hotel rosa de Venice Beach, en Los Ángeles. Horas antes, ese mismo día, se había celebrado un funeral, aunque yo no había llegado a tiempo al crematorio. Cuando llegué a Venice Beach, el velatorio de Lily se había convertido en una ebria vigilia, con más de doscientas personas bailando, hablando, esnifando y bebiendo por todo el hotel. Como nadie me conocía, me cubrí los ojos con la visera de mi gorra sucia y me paseé por los pasillos del hotel como se habría paseado una niña por un cóctel. Vi largas uñas y húmedas bocas; pupilas dilatadas, hombros huesudos y destellos de dentaduras de un blanco imposible. Cogí una cerveza de una tina llena de hielo y deambulé incómodamente por las cinco plantas, examinando a la gente: un gigante sin afeitar bebía vodka directamente de una botella y una esquelética mujer de mediana edad bailaba con los ojos cerrados en el centro de la habitación. Había un hombre pelirrojo con unos zapatos puntiagudos de piel de serpiente y una camisa blanca medio desabrochada. La gente se cernía sobre él y sus manos pecosas se cerraban en un par de puños mientras iba moviéndose de un invitado al siguiente.

—No me lo creo —le dijo una mujer al pelirrojo.

—No dejo de pensar que debe de haberse retrasado —respondió él, apretando sus puños cubiertos de pecas.

—Oh, cielo —dijo la mujer—, siempre llegaba tarde, ¿no? Cómo no iba a llegar tarde a su propio funeral.

—Llegó tarde a nuestra boda —prosiguió el pelirrojo—. Dijo que no había podido conseguir ropa interior a juego. —Una sonrisa se abrió paso entre su ceño, y algunos de los que le rodeaban dejaron escapar una risa triste. El pelirrojo tenía un gangueo nasal como el de Bugs Bunny que yo tomé por un acento típicamente neoyorquino.

—Erais un gran equipo —le dijo alguien.

Observé al sudoroso pelirrojo durante unos instantes más. Cuando se volvió, dándome la espalda, ya no pude seguir oyendo su conversación, de modo que continué entre el carnaval de dolientes hasta que por fin di con el modo de subir a lo alto del hotel, hasta una puerta de la que colgaba el cartel de «Privado». Por el ojo de la cerradura alcancé a ver una bicicleta y unos patines en línea. Aunque debo confesar que esperaba que la puerta de su habitación estuviera cerrada con llave, algo se había quedado atascado y se abrió con un enorme crujido, dejando a la vista el entarimado de un pasillo abarrotado que olía a ambientador y a ventanas cerradas. Respiré aliviada cuando la puerta que tenía a mi espalda se cerró con un pequeño chasquido que amortiguó los sonidos que provenían de abajo. Una bombilla desnuda y cubierta de polvo colgaba del techo y había arena en las grietas que separaban el entarimado a mis pies. Las paredes del pasillo estaban pintadas de un tono rosa salmón escalfado, mucho más claro que la luminosa fachada de estuco del hotel de playa. Al otro lado de la puerta que tenía a mi derecha, la cocina contenía solo una mesa de formica azul y dos sillas de madera con los asientos almohadillados. La mesa estaba abarrotada de vasos sucios y de velas de olor consumidas, y los platos sin lavar llenaban el fregadero. A ambos lados del pasillo había puertas abiertas: un salón con un televisor de pantalla plana, un lavabo y un pequeño estudio con un escritorio cubierto de papeles. La única puerta que no estaba abierta era la del fondo.

Si es posible sentir nostalgia por cosas que desconocemos, fue entonces una mezcla de nostalgia y de curiosidad la que me llevó a tumbarme en las sábanas y a prepararme un baño en una bañera salpicada de pelos de sobaco de un milímetro de longitud prendidos en los restos de una marea de mugre que llevaba allí desde la última vez que la mujer o su marido se habían dado un baño. La fiesta reverberaba más abajo, y cerré con pestillo la puerta del baño para quitarme la ropa tal y como ella debía de haberlo hecho un millón de veces, aunque seguramente ella lo hiciera con más

elegancia. Ella no habría estado a punto de tropezarse cuando se le enredaron los tobillos en el elástico de los pantalones de chándal, y probablemente los cortes y rozaduras que tenía en el cuerpo no se le desollaban ni se disolvían con el calor como los míos. Lo más probable es que tuviera una piel perfecta. Me llené con la mano la boca de agua de la bañera y dejé que fuera derramándose despacio sobre mi labio inferior. Sentada sobre el trasero, con el torso flexionado sobre las rodillas y la nariz justo encima de las burbujas, solo podía oler a espuma. Una polilla me observaba desde el alféizar de la ventana que había sobre la bañera, mientras se le empañaban las alas. Al otro lado de la ventana había un luminoso cielo azul y palmeras. Salpiqué a mi apolillado público, que huyó hacia la bombilla situada sobre el espejo.

Me pregunté qué estaría haciendo papá en ese momento, y le imaginé sentado en nuestra grasienta mesa de la cocina, mordiendo las uñas mientras su esposa Daphne daba vueltas por la habitación. Daphne estaría intentando no poner el grito en el cielo por la tarjeta de crédito robada, pero cada poco su voz alcanzaría un timbre casi inhumano antes de quedar interrumpida por su propia agresividad. Sus dedos huesudos se estarían mesando repetidamente el pelo ratonil mientras sus zapatos chirriaban contra las baldosas de plástico del suelo de nuestra cocina. Papá estaría callado y sumido en sus propias cavilaciones, fingiendo que escuchaba a Daphne mientras ella repetía los mismos sentimientos de enojo en versiones ligeramente distintas hasta quedarse afónica. Pero la escena habría tenido lugar hacía horas. Era media noche en la habitación de Lily, con lo cual en mi casa debía de ser por la mañana. Papá y Daphne debían de estar encapsulados en el silencio matinal tras una noche de gritos, vistiéndose, echando agua en el café instantáneo y abriendo la cafetería. Daphne tendría los labios pegados y fruncidos, porque no le gusta trabajar los domingos, y papá estaría estampando objetos contra las superficies metálicas. No se parecía en nada al pelirrojo de abajo. Si el pelirrojo parecía deslizarse por el vestíbulo del hotel, serpenteante como la piel de sus zapatos, papá solo se movía si no le quedaba más

remedio. El pelirrojo tenía unas mejillas demacradas y arrugas provocadas por la risa. Las de papá eran rechonchas y sonrosadas y tenía el ceño marcado.

Parpadeé para hacer desaparecer de mi mente la imagen de papá y me sumergí un poco más en el agua del baño. Cuando estaba a punto de encender uno de los cigarrillos de Lily —que ella guardaba en un joyero lleno de cuchillas de afeitarse y de sales de baño junto a la bañera—, sonó un crujido en el pasillo justo al otro lado de la puerta del dormitorio. El vapor empañaba el cuarto de baño y salí como pude del agua para abrir la ventana que estaba encima del retrete antes de que el crujido hiciera su entrada en el dormitorio de Lily. El vapor se disipó. A punto estuve de resbalar sobre las baldosas blancas. Me cubrí las piernas, todavía mojadas, con los pantalones de chándal, contuve el aliento y despacio me agaché hasta quedar de cuclillas delante del ojo de la cerradura del cuarto de baño. Entrecerré los ojos y miré por él.

Un hombre extremadamente alto estaba sentado a los pies de la cama de Lily. Se había derrumbado justo delante del ojo de la cerradura, con la cabeza entre las manos. Yo le había visto antes abajo, bebiendo vodka de una botella en un rincón del vestíbulo, y se me había ocurrido al verle que parecía salido de uno de esos cuentos de hadas sobre gigantes u ogros. Debía de tener entre treinta y cuarenta años y llevaba una camisa de rayas, un andrajoso jersey negro y unos pantalones azules de sastre con agujeros en los muslos que parecían puntos y aparte y comas. Su cabello negro era apenas un poco más largo que el pelo que le cubría la cara, y llevaba unas estúpidas gafas de sol con montura de oro sobre la cabeza. Quizá los pantalones fueran caros, pero tenían el dobladillo deshilachado, como si estuviera vestido a medias con ropa de marca, a medias con ropa comprada en eBay en plena borrachera. Estaba sentado muy quieto en la cama de Lily, encogido de hombros.

Un instante más tarde, el Gigante recorrió con los ojos la habitación de Lily y cogió una fotografía de la mesita de noche. La

de Lily sentada con las piernas cruzadas debajo de un árbol y riéndose. El Gigante intentó a tientas sacar la foto del marco con sus enormes manos. Se rasguñó el pulgar y se llevó la punta a la boca como un niño. Me alegró que robara la foto de Lily riéndose con una gran camiseta blanca, y no la de al lado, en la que aparecía desnuda. El hombre sacó la fotografía de debajo del cristal y, justo en el momento en que se la guardaba en el bolsillo, se oyó otro ruido procedente del pasillo, delante de la habitación de Lily. Por un momento, el Gigante pareció considerar la posibilidad de saltar de la cama y buscar refugio en el cuarto de baño. Sus ojos verdes se volvieron hacia mí y puso las manos sobre sus rodillas, como si estuviera a punto de poner en pie su cuerpo ebrio. Con tuve el aliento y esperé a que me sorprendiera inexcusablemente con los pechos al descubierto y empapada en el cuarto de baño de una mujer muerta, pero el cuerpo del Gigante se movía despacio por el efecto del alcohol y, antes de que se levantara de la cama, se abrió la puerta del dormitorio de Lily.

—¿Qué coño...? —fueron las palabras pronunciadas por la voz pastosa de Bugs Bunny del pelirrojo. Aunque no pude verle por el ojo de la cerradura, si alcancé a oír su fatigosa respiración.

—Lo siento —se disculpó el Gigante, que se levantó de la cama y se dirigió hacia el pelirrojo, desapareciendo así del campo de visión que me proporcionaba el ojo de la cerradura. Oí que alguien arrastraba los pies y enseguida el sonido amortiguado de piel golpeando contra piel. El pelirrojo soltó una maldición y el Gigante hizo un ruido que podría haber sido un gruñido o el esfuerzo de un puñetazo. Aunque no pude ver exactamente lo que ocurría, el Gigante se tambaleó hacia atrás y a punto estuvo de caerse. La piel volvió a encontrar piel una vez más, y entonces fue el pelirrojo quien cayó sobre la cama de Lily. Todo se detuvo, salvo la polilla en el techo del cuarto de baño. El pelirrojo no se movió de su posición horizontal, pero sus ojos inyectados en sangre estaban abiertos y sin decir nada en el Gigante.

—Lárgate —dijo el pelirrojo, arrastrando las palabras. Giró la mejilla a un lado, sobre la almohada de Lily.

–Lo siento mucho –dijo el Gigante.

–Pues lárgate de mi apartamento. Aquí ya no hay nada. Os podéis ir todos a la mierda.

–Lo siento mucho –repitió el Gigante–. Lo siento mucho.

El pelirrojo se quedó tumbado inconsciente en la cama. Se movió un poco cuando le tapé el cuerpo con una manta, pero no abrió los ojos ni habló. Tenía gránulos de polvo blanco enredados en los pelos de la nariz y la piel pegajosa como una capa de pintura fresca. Era evidente que se había vestido con esmero horas antes. Se había anudado primorosamente los cordones de los zapatos de piel de serpiente, y los calcetines eran del mismo color que el cinturón de ante. Aunque ahora tenía los pantalones manchados de vómito y le olía la piel a cerveza.

Sin hacer ruido, cogí un vestido de lentejuelas del suelo del dormitorio de Lily. Lo sostuve contra mi cuerpo, pero me pareció una estupidez. Yo casi tenía dieciocho años y todavía no había empezado a usar vestidos. No iban conmigo. Lo dejé caer al suelo y me puse un bombín en la cabeza. El suelo estaba cubierto por una caótica jungla de seda, piel, cachemir y algodón, junto con unas cuantas camisas de hombre arrugadas en pequeños montones, algunas corbatas, mocasines y grandes zapatillas de deporte entre la abrumadora feminidad. La barra del armario se había caído durante la pelea de los dos hombres, de ahí que la habitación pareciera incluso más caótica que antes. Me llamaron la atención unos zapatos rojos de marca de tacón de aguja y unas bailarinas grises. Recogí la estola de visón del suelo y me la puse al cuello. Me pareció pesada y muerta. En casa, en Londres, tenía una cómoda de melanina llena de chándales, sudaderas enormes y camisetitas hechas pedazos que durante años había ido rescatando de

las cajas de objetos perdidos del colegio y de las taquillas. Los cajones estaban decorados con los desteñidos restos de adhesivos rojos del Arsenal, y encima había tres trofeos de fútbol y uno de natación. En una época yo me había sentido orgullosa de esos trofeos, pero habían terminado por fundirse con el magenta oscuro de las paredes de mi dormitorio.

Nada de lo que había en mi apartamento era suave al tacto. A papá le gustaba dar uso a objetos «encontrados», de ahí que todos los edredones de la casa fueran de ese falso guateado de poliéster que habíamos ido robando durante años en varios *bed-and-breakfast*. Y no es que fuéramos muy a menudo de vacaciones, pero cuando lo hacíamos, nunca volvíamos dos veces al mismo sitio. Mi edredón tenía un dibujo de un descolorido ramo de flores en aguados colores pastel, mientras que el de Daphne y el de papá uno de una zarzamora de color fango. Todavía conservábamos dos bonitas toallas de baño del Hilton de Brighton, donde Daphne y papá habían pasado su luna de miel, y cinco delgadas toallas del gimnasio donde Daphne había trabajado de recepcionista. Aunque no teníamos demasiados problemas de dinero, nada hacía más feliz a papá que conseguir cosas gratis. Un día llegó a casa con una pequeña ciudad de botes de pintura desechados que había encontrado delante de la tienda DIY que había al final de nuestra calle. Eran colores mal mezclados. Papá insistió en que dedicáramos mis vacaciones de mitad de curso a pintar un arco iris con las pinturas desechadas en las descoloridas paredes blancas. El «amarillo canario» de las paredes del baño parecía verde a la luz del sol, el «caramelo de ron» de los armarios de la cocina era un esmalte de color acuoso, el «terciopelo palaciego» de las paredes de mi cuarto era más cenagoso que palaciego y el «fuente de rubíes» del salón era el color de un par de rodillas desolladas. También insistió en que le diéramos una capa de barniz al suelo del salón, aunque el barniz robado tenía grumos de gruesos terrones de arena para impedir que la gente resbalara en los suelos de las fábricas.

Miré al pelirrojo que ahora roncaba en su cama. Había una foto del día de su boda en la mesita de noche, junto a una novela

de bolsillo de cubiertas brillantes. Resultaba difícil calcular la edad de la buena de Lily en la foto de la boda, pero llevaba un sencillo vestido blanco con un velo que le cubría sus grandes ojos marrones. El pelirrojo estaba mucho más guapo en la fotografía que tumbado en la cama. En la foto de la boda estaba de pie detrás de su nueva esposa, con una mirada de devoción entre divertida y perpleja, como si no pudiera creerse su buena suerte. Me fijé en que el auténtico vestido de novia estaba en una bolsa de plástico de esas que dan en el tinte, hecho un ovillo en el suelo del armario, a donde había caído desde la barra durante la pelea entre el Gigante y el pelirrojo.

Yo solo tenía una foto de Lily de antes de que nos dejara. La había encontrado en el cajón del escritorio de papá junto a un poco de tinta desparramada, viejas facturas de la luz y un ecosistema de polvo. Lily se había marchado a los diecisiete años, tres después de que naciera yo. En la foto, papá y ella estaban sentados en el fotomatón conmigo —que tenía tres años— sobre sus piernas. Papá tenía acné y Lily llevaba el pelo teñido de rosa. Siempre se lo teñía de distintos colores. Papá estaba mirando a Lily, que ya había apartado la mirada de nosotros para perderla en algún punto a lo lejos. Yo soy la única que mira a la cámara. Lily debía de haberse ido unos meses después de que nos hiciéramos la foto. Parecía como si, al dispararse el flash, ya estuviera desvaneciéndose del fotomatón de la estación de metro, como si estuviera convirtiéndose en un hada o en un *poltergeist*. No podía imaginarla en la cafetería, ni ayudándome con los deberes. Desde siempre había sido apenas una idea indefinida en mi cabeza, o una forma que a veces parecía a punto de aparecer en mi visión periférica, pero que nunca lo hacía. Nadie había sabido nada de ella cuando se marchó. Ni siquiera supimos que se había mudado a Estados Unidos. La primera vez que me pareció remotamente real fue cuando me enteré de que había muerto, porque al menos era algo físico. No era el olor a ella recordado a medias ni una historia sobre cómo robaba dinero del bolso de la abuela, ni de cómo papá y ella habían ido a un acuario en su primera cita. Era un hecho.

Había muerto. Tenía treinta y dos años. El accidente había ocurrido en una carretera llamada Laguna, a las afueras de Los Ángeles, en el desierto. Conducía una moto a demasiada velocidad y sin casco. Mientras yo escuchaba de pie e inmóvil en nuestro salón de color «fuente de rubíes» junto a la Finchley Road de Londres, la directora del hospital me contaba por teléfono que no había recuperado la consciencia y que había muerto en la ambulancia veinte minutos después. Había creído conveniente hacerme saber que mi madre había muerto, puesto que yo era su única pariente de sangre, aunque el hospital se había enterado de mi existencia gracias a la información que habían encontrado en un viejo documento de la asistencia sanitaria.

—No ha sido fácil localizar la información sobre usted, pero le dejé un mensaje en el contestador hace cuatro días —dijo. Fruncí el ceño. Papá odiaba hablar de mi madre, su primera novia. La había mencionado en contadas veces en mi vida, y todos los pequeños retazos de información que yo tenía procedían de mi abuela o de amigos de la familia: Lily era una cobarde, una furcia, una madre terrible.

—¿Sigue usted ahí? —había preguntado al teléfono la mujer del hospital cuando contuve el aliento durante un instante.

—Sí, sigo aquí —respondí, exhalando. En la parte de abajo, Daphne y papá limpiaban en la cocina de la cafetería. Conocía tan bien todos los sonidos que casi podía ver a Daphne y a papá dando vueltas rítmicamente uno alrededor del otro entre el metal y el plástico mojados.

—Siento tener que darle malas noticias —dijo la mujer.

—No la conocí —dije, pellizcándome la piel alrededor de las uñas y chupando las pequeñas gotas de sangre a medida que iban apareciendo—. ¿Va a haber un funeral?

—Tenía un hotel con su marido en Los Ángeles. El funeral se celebrará en Venice Beach y después habrá un velatorio en el hotel, que está cerca de allí. Me temo que se ha organizado para el viernes por la tarde. Lo siento mucho. Le dejé un mensaje a principio de semana.

—No me lo han dado —dije—. ¿Cree usted que le habría gustado que fuera? ¿Saben sus amigos que tenía una hija?

—Yo solo trabajo en el hospital donde murió. No conocí a su madre —dijo la mujer.

—¿Tenía otros hijos?

—No se mencionan más hijos en sus documentos —respondió la voz.

Si papá me hubiera sentado y me hubiera dicho que Lily había muerto, quizá me habría encogido de hombros y habría vuelto a ver la tele o a leer mi libro. Tampoco es que la conociera. Pero no me lo había dicho, y por eso en vez de encogerme de hombros, saqué mis ahorros de la cafetería y le robé a Daphne su tarjeta de crédito del bolso, que estaba en el sofá, delante del televisor. Sabía su número secreto, porque Daphne tenía una memoria espantosa y lo había escrito en un tarjetero que tenía en el cajón de los cubiertos, junto con el número del móvil de papá. Me llevó tres minutos reservar un billete *online* para primera hora de la mañana siguiente, y aproximadamente veinte horas después estaba en el dormitorio de mi madre, situado en lo alto de un inmenso hotel rosa de la playa de Venice, sosteniendo un vestido de novia sobre mi cuerpo. Eché una breve mirada a su marido inconsciente y me quité la camiseta mojada para ponerme el vestido.

Si el pelirrojo se hubiera despertado en ese preciso segundo, habría visto unos pantalones rotos de chándal asomando de la lechosa espuma del vestido de novia de seda y encaje de su esposa muerta. Por un momento, me quedé prendida en la nube de seda perfumada. La música perdía fuelle en las plantas del hotel situadas debajo del dormitorio y la fiesta por fin estaba tocando a su fin. A esas alturas debían de ser las cinco o las seis de la mañana. Podría haberme quitado el estúpido vestido y haber salido sin que me vieran. Nadie habría sabido nunca que había estado allí, pero no podía apartar los ojos de la criatura que había encontrado en el espejo. No me parecía en nada a Lily. Nadie reconocería el parentesco. Quién sabe si su marido o alguien más estaban al corriente de la existencia de una hija. Podría haber salido de allí con

la misma invisibilidad con la que había llegado. Podría haberme ido a casa y haberme puesto a trabajar en la cafetería para ayudar a pagar la deuda de la tarjeta de crédito. Aunque podría haberme alejado del desolado marido de Lily y haber salido sin ser vista de la fiesta, opté en cambio por coger uno de los zapatos de tacón de aguja rojos de Lily. Quería llevármelos, aunque no me quedaran bien y aunque probablemente nunca fuera a poder caminar con ellos. Entonces se me ocurrió que quizá no pasara nada si me llevaba un par de vestidos y unos cuantos pares de zapatos. Quizá a Lily le habría gustado que me quedara con algunas de sus cosas.

Me acerqué descalza al armario en busca de una bolsa, de una maleta o lo que fuera, porque lo único que llevaba conmigo era la garabateada mochila del instituto. Tras echar una mirada al pelirrojo, me arrodillé para buscar debajo de la cama, que es donde papá y Daphne guardan sus maletas en casa. Efectivamente: de entre viejos pañuelos de papel, gafas de sol rotas y recibos arrugados saqué una desvencijada maleta roja. Medía un metro por cincuenta centímetros y estaba hecha de un material del color de la vieja plastilina roja. Olía también un poco a plastilina: a seco y a yeso, aunque el olor me resultó reconfortante. Dentro, en algunos de los pequeños bolsillos, había papeles, postales y fotografías. «A mi querida Lily», decía la primera frase de una de las notas mecanografiadas. En ese momento, sin embargo, el pelirrojo empezó a moverse. Soltó un gemido desde la cama y un pequeño chorro de saliva blanca burbujeó en la comisura de sus labios.

Me puse a meter rápidamente ropa en la maleta, encima de las cartas, volviendo a mirar al pelirrojo cada dos segundos para asegurarme de que seguía inconsciente. Cogí una chaqueta de cuero de motero, unos vaqueros desteñidos, un vestido de seda fucsia, un ceñido vestido negro, uno blanco de algodón con botones negros en la parte delantera, cuatro camisetas de tirantes, unas cuantas gafas de sol, unos pequeños pendientes que eran unas lágrimas de plata, ropa interior, un pintalabios rojo, un bolso de ante de color tostado, dos paquetes de cigarrillos y un encendedor de plástico verde. Cogí también la brillante novela de bolsillo

que tenía junto a la cama y miré al marido de Lily. La punta afilada de un zapato de piel de serpiente colgaba de un lado de la cama, y tenía el pelo del pecho pegado alrededor de la cadena de oro que llevaba en el cuello. Quizá hubiera sido guapo en su día, pero en ese momento estaba demacrado y parecía vulgar. Volvió a gemir, dejando escapar un chirrido como si tuviera la boca llena de arena, pero no se movió, y yo me concentré nuevamente en cerrar la maleta sobre el montón de faldas, vestidos, las botas negras, los embarrados zapatos de tacón rojos y el par de bailarinas grises. Encontré un montón de billetes de veinte dólares en el cajón de la ropa interior de Lily, que también metí culpablemente en uno de los bolsillos de mi mochila.

Cuando le eché el cierre a la maleta, el pelirrojo hizo otro ruido, y esta vez el chirrido se convirtió en una tos que pareció sacarle de su inconsciencia hasta el punto de que se incorporó, apoyándose sobre los codos, aunque sus ojos siguieron cerrados. Volvió a toser, y el esfuerzo le tensó los botones de la camisa y le hinchó las venas del cuello. Cuando me dirigía hacia la puerta del dormitorio con la maleta de Lily en la mano, el pelirrojo abrió los ojos y me miró fijamente.

—¿Qué coño...? —dijo, muy despacio.

No dejé la maleta en el suelo al oírle, sino que cerré la puerta del cuarto con la mano que tenía libre justo en el momento en que el pelirrojo se abalanzaba descoordinadamente sobre mí desde la cama. La puerta se cerró de golpe y yo no la abrí para ver si el hombre estaba bien. Simplemente salí a toda prisa del apartamento.